

LA INVESTIGACIÓN CONVIVENCIAL Y LA CRISIS DE LA TECNOCENCIA

ENTRE LOS ENSAYOS PRIMOROSOS de Michel de Montaigne hay uno que lleva por título “La vanidad de las palabras”, en el cual arremete lanza en ristre contra la grandilocuencia de su tiempo en Francia. Desde luego, Montaigne recogió en tal ensayo un vicio muy humano por demás. Y Colombia no es la excepción. Hace poco, se anunció *urbi et orbi* en la ciudad una conferencia titulada *La crisis de la ciencia en Colombia*, un título grandilocuente a más no poder habida cuenta de que, para hablar

Por desgracia, los países latinoamericanos son países con investigación, pero sin ciencia, meros feudalismos de alta tecnología.

de tal crisis, es menester que hubiere ciencia en este territorio. Por desgracia, los países latinoamericanos son países con investigación, pero sin ciencia, meros feudalismos de alta tecnología. En fin, eso es lo malo de titular las conferencias sin parar mientes en la historia de la ciencia. En cambio, más acertado resulta hablar de la crisis del modelo encarnado por Colciencias —institución a la que no pocos investigadores y grupos de investigación en ciencias sociales le han dado la espalda—, que hace aguas por doquier al estar insertado en un mito que, con el correr del tiempo, ha recibido varios nombres: investigación y desarrollo; ciencia, tecnología y sociedad; y el novísimo de ciencia, tecnología e innovación.



CARLOS EDUARDO SIERRA C.

En todo caso, es un mito nefasto que Iván Illich, el crítico más lúcido de las contradicciones de las sociedades industriales, denominó *science for people*, esto es, ciencia hecha, cual monopolio radical, por expertos de cara a usuarios heterónomos, lo cual contrasta sobremanera con la *science by people*, aparecida en la década de 1970, o ciencia hecha con autonomía por la propia gente de las comunidades, en la que estas asumen su rol como investigadoras en vez de meros objetos de investigación. La ciencia hecha por la gente constituye la base para un paradigma alternativo frente al que hace aguas mencionado arriba, paradigma que forma parte de las concepciones presentes sobre modelos civilizatorios alternativos. Lo anterior significa que, al pasar revista a la investigación realizada en el planeta, se observa que, buena parte, persiste en el paradigma en crisis, cuyas raíces se remontan a los siglos XII y XIII, cuando quedó arrumbada la concepción de Hugo de San Víctor y su escuela de la ciencia como remedio para el ser humano, y, en su lugar, quedó la concepción de los monjes nórdicos, como Robert Grosseteste, Alberto Magno, Roger Bacon y Guillermo de Ockham, quienes concibieron la ciencia cual medio para conquistar la naturaleza. Desde entonces, esta es la visión infausta que ha dominado en el mundo. En suma, ciencia es una palabra que reclama borrón y cuenta nueva para que recupere el poder transformador de la realidad que alguna vez tuvo.

Dicho esto, conviene detenernos en las características básicas de la ciencia hecha por la gente. En lo esencial, denota la investigación desarrollada con muy poco financiamiento o

sin ninguno, sin padrinazgo, sin disertaciones publicadas en revistas del firmamento editorial y la cual genera resultados que no interesan al mercado, lo cual contradice de cabo a rabo el paradigma en crisis. No obstante, quienes la practican hacen sus investigaciones de forma meticulosa, metódica y disciplinada, por lo que están al tanto de lo que sucede en el paradigma en crisis en los dominios de su interés. Incluso, han establecido una red alternativa de publicaciones que brinda un foro de crítica y difusión de sus esfuerzos. Además, suelen trabajar solos o en equipos muy reducidos y, mediante su labor inquisitiva, persiguen labrar su modo de vida, lo que significa que no son personas codiciosas, al punto de que no les interesa la búsqueda de patentes, títulos, certificaciones o indicadores.

Ante todo, es una forma de investigar engastada en la ética, máxime que parte del esfuerzo de sus practicantes por descolgarse del mercado, de una búsqueda de autonomía, por lo que no se venden a los gobiernos y las corporaciones. No es una forma evasiva de hacer ciencia ni una aspiración religiosa, como tampoco rehabilita la utopía, sino que apunta a mejorar y embellecer las condiciones de vida de sus promotores, aunque no de forma egoísta o esotérica, puesto que promueve los valores de uso, no los de cambio, de las comunidades y del entorno que les sirven de manera directa al dejar que los demás imiten o adopten lo que hacen. En cualquier caso, no son los parientes pobres del paradigma en crisis, crisis tan obvia que Marcelino Cerejido la llama “ignorancia financiada”, al igual que “sistema basado en puntitos”, patente en la perversidad de las certificaciones de calidad y los indicadores.

En el fondo, las certificaciones y los indicadores muestran otro vicio de esta civilización: la reificación, o propensión a convertir un concepto abstracto en una entidad sólida, la apariencia por encima de la esencia. Es decir, si una universidad, o un grupo de investigación, obtiene una alta calificación, se dice que, intrínsecamente, debe ser muy buena. Ahora bien, los hechos son tozudos y el principio de realidad se impone. Por ejemplo, en el pasado X Congreso Internacional de Derecho Procesal, celebrado en Medellín, en algunas de las conferencias se mencionó la gran

crisis ética de la ingeniería en el país, si bien nuestras flamantes facultades de ingeniería pregonan a los cuatro vientos lo excelentes que son, alegando lemas que no resisten una confrontación con la realidad. De nuevo, he aquí algo muy humano, un esnobismo insoportable, como quedó ironizado de forma ingeniosa en un anuncio manuscrito, puesto en la vidriera de un café balcánico de mala muerte, cuyo texto decía lo siguiente: “Aquí todo el mundo es *herr doctor*”. En suma, es la mercantilización de la tecnociencia.

En semejante estado de cosas, la ciencia hecha por la gente procura evitar la trampa de poner la apariencia como sucedáneo de la esencia. Por encima de todo, es una ciencia encarnada, o incorporada, al hacerse parte del ser de las personas en los ámbitos de comunidad. De aquí que fomente los valores de uso. La ciencia hecha por la gente es mucho más ciencia que aquella hecha para la gente por expertos que le emasculan su autonomía. Y lo es al ser ecuménica, una ciencia para todos, no esotérica, no para un cenáculo minúsculo que condena a la gran mayoría a la condición infame de una claque. En otras palabras, la ciencia hecha por la gente desmitifica el paradigma en crisis al dejar claro que no son los grandes laboratorios y los instrumentos sofisticados los que hacen descubrimientos, sino las personas merced al buen uso de sus cerebros en armonía con un proceder responsable en relación con el poder emanado del conocimiento tecnocientífico, base misma de la bioética, por lo que la ciencia hecha por la gente no admite el fraude tecnocientífico en ninguna de sus formas.

No han faltado las experiencias que demuestran las posibilidades respectivas, como las de Paulo Freire en Brasil con su pedagogía del oprimido; las de Iván Illich y allegados en la India desde la óptica de la educación desescolarizada; las de los seguidores de la economía del decrecimiento en diversos países, como Bolivia, Francia y España; las de la corriente denominada por Morris Berman como nuevos individuos monásticos, quienes procuran velar porque no desaparezca lo mejor de la ciencia y la cultura en el trance actual de crisis civilizatoria; las de los seguidores de las epistemologías del Sur, reflejo mismo de las realidades culturales concomitantes cual reacción contra el dominio neocolonial

del Norte; etcétera. Desde luego, no se trata de tirar por la borda los logros rescatables del paradigma en crisis, auténtica muestra de falta de sentido común, sino de saber integrarlos en forma sabia con el proceder de la ciencia hecha por la gente. Al fin y al cabo, los buenos logros científicos han precisado esfuerzos y sacrificios de parte de la humanidad a lo largo de los pasados tres milenios. En suma, de lo que se trata es de dejar de poner una confianza absoluta y ciega en los grandes aparatos técnicos, o megamáquinas, de la modernidad, cada vez menos eficaces y convivenciales, cada vez más contraproductivos. Ante todo, la ciencia hecha por la gente es un paradigma antisistema.

Por supuesto, las instituciones escolarizadas estándar no son ambientes propicios para sacar adelante iniciativas enmarcadas en el paradigma de la ciencia hecha por la gente. Y no lo son porque hacen parte de las sociedades industriales en crisis. De esta suerte, este paradigma solo puede prosperar en entornos alternativos, ajenos a las burocracias que estrangulan la ciencia y el arte. Por ejemplo, en aquellos que Gabriel Zaid denomina como las instituciones de la cultura libre, nacidas al margen de sus contrapartes escolarizadas, no integradas en monopolios mediáticos, y más importantes para la creatividad en la ciencia y el arte. Tan solo pensemos en que personajes como Marx, Freud, Einstein, Picasso, Stravinsky, Chaplin y Le Corbusier fueron creativos en su casa, en su consultorio, en su estudio, en su taller. Botón de muestra, como salta a la vista en una serie de telerrealidad de *History Channel*, titulada *Desafío sobre fuego*, los herreros suelen ser más creativos en sus propios talleres, no en los ajenos. Nada como investigar y crear en el seno del propio gabinete, estudio, taller o laboratorio. En fin, tales instituciones funcionan en el mundo de las microempresas y las microinstituciones, de los *freelance*, amén del espacio de diálogo de la sociedad civil. Por el contrario, las burocracias de diversa índole desaniman la creatividad, mientras que la animación creadora prospera en microestructuras sueltas. Sencillamente, no existe algo así como una burocracia progresista, genuino oxímoron como el que más. Esto sucede en la ciencia corporativa, postrada ante Mammón, a partir de la década de 1930, un período caracterizado por un descenso

en picada de la creatividad científica, al punto de que suele considerarse que el último gran descubrimiento científico fue la estructura en doble hélice del ADN en 1953.

Por así decirlo, lo que produce la magia de la ciencia hecha por la gente es su índole convivencial, justo el motivo principal que articula buena parte de la obra de Iván Illich y su escuela de pensamiento. En sus orígenes, el vocablo *convivencialidad* proviene del latín *convivalis*, *convivialis* y *convivium*, cuyo significado es banquete. En su definición francesa original, significa “gusto por las reuniones y los festines”. Por su parte, Illich la definió como sigue: “El conjunto de las relaciones autónomas y creativas entre las personas, por un lado, y de las relaciones entre las personas y su entorno por el otro”. Claro está, sea que hablemos de banquetes o festines, sea de relaciones, la convivencialidad se da entre amigos, no entre extraños. Así, repárese en que los escenarios en los cuales transcurre el paradigma tecnocientífico en crisis en nuestro tiempo distan en mucho de ser convivenciales a causa de la feroz competencia y deshumanización que los caracterizan, por lo que no prosperan ahí los valores de uso, sino los de cambio al no existir verdaderos ámbitos de comunidad. Poderoso caballero es don dinero.

Por desgracia, existe un grave peligro para la ciencia hecha por la gente, para la investigación convivencial: que el paradigma en crisis la corrompa y la absorba al convertirla en su instrumento didáctico con la socapa de vocación ecológica. Para prevenir este peligro, como advertía Illich, sus practicantes jamás deben olvidar que la investigación convivencial tan solo permanece fiel a su misión cuando parte de una imagen del hombre opuesta a la del trabajador y consumidor para quienes los expertos están interesados en “hacer investigación”. En el caso de Colombia, cabe preguntarse con preocupación si, ante la crisis del modelo representado por Colciencias, se podrá dar el paso hacia el paradigma de la investigación convivencial, máxime cuando el grueso de nuestra población aún no ha conocido la parte positiva de la herencia de la Ilustración. No olvidemos que nuestro país es otro feudalismo más de alta tecnología en el mejor de los casos, un país con investigación, pero sin ciencia. ■